

En una y otra vida

Norma A. Martínez Muñoz

En una y otra vida

Norma A. Martínez Muñoz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta publicación no se debe reproducir, almacenar en un sistema de recuperación o transmitir por cualesquiera otros medios (electrónicos, mecánicos, fotocopias, grabaciones u otros) sin el consentimiento previo del editor o según lo dispuesto en la Ley de Derecho de Autor, Diseños y Patentes de 1988; o en los términos de cualquier licencia que permita la realización de copias limitadas expedidas por la Agencia de Licencias de Copyright.

ISBN: 03-2018-011014011900-01

*Para Mónica, por los primeros tres
años del resto de nuestras vidas.*

“Fuimos amantes en nuestra vida pasada puedo verlo
en tus ojos [...], quizá fuiste una de mis esposas
en una tribu perdida.

Es que hay algo en ti que conozco, empezó hace siglos,
tus besos son como fantasmas que solamente yo
conozco.

Y yo, yo sigo enamorándome de ti, una y otra vez.

Es como si milenios atrás, cuando no éramos más que
polvo de estrellas en la galaxia, Tú me encontraste.

Y atravesamos la era de hielo, pero te perdí en las
cruzadas, y construí las pirámides solo para ti,
amor. Y yo, ysigo enamorándome de ti,
una y otra vez.”

Past lives, Kesha.

Existe una leyenda china, el hilo rojo. Cuenta que todas las personas al nacer tienen un hilo rojo atado a su dedo meñique, y en el otro extremo de dicho hilo, se encuentra la persona que está destinada a conocer y amar. Según la leyenda, el hilo puede estirarse, tensarse pero jamás romperse.

Yo creo firmemente que todos en algún momento de nuestra vida llegamos a conocer a nuestro otro extremo del hilo. Creo y siento en mi corazón que yo ya la encontré, que nuestro hilo jamás se romperá y que será siempre mi otro extremo en cualquier vida.

Porque si, también creo que todos al morir pasamos a otro cuerpo, otra vida. Con otro propósito, otras habilidades, hablando otros idiomas. Pero siempre, siempre la misma alma, yo creo que esa nunca cambia, así como tampoco cambia nuestro extremo del hilo. Y son afortunados aquellos que logran encontrarlo en todas y cada una de sus vidas.

CAPÍTULO I

1. Estados Unidos, año 2017

Ashley trabajaba en su computadora, tenía tantos planos que hacer que solo de pensarlo se preguntaba una y otra vez “¿por qué tuve que ser arquitecta?” Y luego se respondía así misma “porque si no es difícil, complicado y exigente no te gustan las cosas”. Tenía razón, ¿les ha pasado? ¿Son ese tipo de persona?. Ashley necesitaba vivir llena de estrés y trabajo para sentir que disfrutaba su vida, quizá por eso estaba enamorada de su profesión. Nunca dejó de estudiar aún después de graduarse e incluso daba clases. Estaba saturada de actividades, apenas tenía tiempo de dormir y cuando lograba hacerlo soñaba que seguía trabajando, quizá desde hacía tiempo que no recordaba lo que era descansar, pero ¿quién quiere descansar cuando vive haciendo lo que ama?.

Dieron las tres de la tarde, tenía la mayor parte del proyecto resuelta y aún mucho tiempo para cumplir con su fecha de entrega, Ashley era así, podía tener cantidades grandes de trabajo, pero ninguno era de un día para otro. Siempre

administraba su tiempo y el ser una paranoica la hizo experta en terminar los trabajos a tiempo, desde que era estudiante.

Ashley concluyó su día de trabajo en casa, anotó los pendientes en su agenda y tomó una ducha. Salió del baño, atravesó la sala y en la cocina se preparó una ensalada de lechugas, tomate, pepino, trozos de pollo, queso y crotones. Terminó en menos de 20 minutos, tomó su maletín lleno de hojas recicladas con apuntes de sus estudios, listas de asistencia de sus grupos, y su moleskin con bocetos, retratos y algunos conceptos que escuchaba en conferencias o veía en los edificios nuevos. Uno nunca deja de aprender.

Salió de su apartamento y cerró la puerta de número 308, entró al ascensor sintiendo que las puertas la aplastarían en cualquier momento, era horrible tener que enfrentar esa fobia a diario. Llegó al sótano y presionando un botón desactivó la alarma de su Jeep, abrió la puerta del copiloto y dejó su maletín, luego rodeó la parte delantera del rubicon y la encendió, en automático comenzó Time of your life, de Green Day. Ashley era una fanática de la banda desde que estaba pequeña, los escuchaba casi siempre que manejaba, comenzó a tararear la canción mientras salía del edificio rumbo a su trabajo como maestra, y en su memoria, quizá sin darse cuenta, se desarrollaba un recuerdo de hacía muchos años.

Ashley creció siendo de esas chicas que se dedican al estudio, pero no dejaba de ser divertida. Sólo tenía 11 años, pero le encantaba la música, y su padre le había regalado una guitarra cuando supo que había entrado al club de música de su escuela. Participaba en concursos académicos y su sueño era concursar en algún evento más reconocido.

El calendario indicaba el inicio del mes de febrero, el invierno hacia de las suyas y los días se tornaban realmente fríos, Ashley odiaba la sensación del frío en su cuerpo, y más odiaba no poder tocar su guitarra sin que se le congelaran los dedos y el acero de las cuerdas los lastimaran más de lo normal.

La alarma sonó a las 7 am en la habitación de Ashley, se levantó sin que su madre tuviese que insistirle, lo hacía desde que había comenzado la escuela, siempre sintió que era responsabilidad suya cualquier asunto académico o de disciplina. Tomó una ducha y un yogurth de fresa cuando terminó, salió de su casa y su padre la dejó en la escuela a las 7.50, la entrada era a las 8.00 am, siempre fue puntual.

Hacía un frío de esos que ponían a Ashley de mal humor, 9°C. Se quejó del clima toda la mañana y todo el camino a casa cuando terminaron las clases y caminaba por la avenida con su mejor amiga, Jazmin.

-No se porqué lo odias tanto, es peor tener calor- replicaba Jazmin, con las manos tibias en los bolsillos de su chaqueta.

-Con el calor puedes hacer muchas cosas, el frío no te deja hacer nada- gruñó Ashley, con sus manos heladas debajo de sus guantes y dentro de la chaqueta que cubría dos suéteres y dos blusas de manga larga.

-Solo lo dices porque no puedes tocar tu guitarra, pero no te va a pasar nada si dejas de tocar unas cuantas semanas, ya casi termina el invierno y podrías intentar con otro pasatiempo.- respondió Jazmin, mientras veía los anuncios que pegaban en los postes de luz a lo largo de la avenida.

-No es un pasatiempo- reclamó Ashley.

-Oh, ¿serás cantante o algo así? - preguntó Jazmin, sin dejar de leer los anuncios.

-Guitarrista- corrigió Ashley, y sintió un poco de pena y emoción a su vez -aunque, supongo que debe ser difícil. Mis papás tienen un amigo que toca muy bien, pero no ha podido ser famoso, no lo conoce nadie y solo toca en las fiestas y reuniones familiares.- dijo con un poco de tristeza en su voz.

-Quizá él nunca fue a un concurso, ¿sabes cuántos famosos participaron en concursos? - dijo Jazmin deteniéndose a 30 cm de un poste de luz.

-Yo ya he estado en concursos- respondió Ashley.

-Pero esos nadie los ve, solo los papás de quienes concursan. Necesitas otro tipo de concurso.

-¿Como cuál?- preguntó Ashley tiritando al sentir un ligero viento que le heló el rostro y aumentó su mal humor.

-Como este- respondió Jazmin señalando uno de los anuncios del poste de luz.

“GRAN CONCURSO NACIONAL DE TALENTOS, este 03 de Marzo en tu ciudad, concursantes de 10 años en adelante.”

La cara de Ashley se iluminó y se vio, por un momento, en un escenario más grande que el del auditorio de su escuela, tocando como nunca su canción favorita, sintiendo que su corazón vibraba con las cuerdas en cada rasgueo como lo sentía siempre que tocaba, incluso estando sola en su habitación.

Ashley pasó las siguientes semanas ensayando Time of your life de Green Day, todo el día, todos los días. Ya no le importaba que las cuerdas le quedaran marcadas y le doliera

apoyar las yemas de los dedos en los trastes de la guitarra, sólo quería pasar el casting y poder concursar. Y así fue, pasó el casting y lo celebró con sus padres en su pizzería favorita y más noche, con otro performance de Time of your life.

La mañana del 3 de Marzo, Ashley no despertó temprano, porque ni siquiera pudo dormir en toda la noche, tenía un nudo de nervios en el estómago. Era sábado, sus papás dormían hasta las 10 am, y ella no podía esperar a que el reloj diera las 5 de la tarde para concursar.

Pasó toda la mañana hasta el medio día practicando, sus dedos sabían perfectamente la secuencia de los acordes y los arreglos que le ayudaron a pasar el casting sonaban cada vez mejor.

Al fin el reloj dio las 3 de la tarde y Ashley junto con sus padres partieron hacia el teatro en el que se llevaría a cabo el evento, se citó a los concursantes una hora y media antes. Entraron por la puerta principal y de allí los concursantes se dividían en varios grupos, tal y como lo ensayaron unas semanas antes, Ashley sabía qué grupo le correspondía y por dónde accesaría al backstage para terminar de prepararse, mientras tanto sus padres ingresaron a la sala. Toda la familia tenía un gran nerviosismo, aunque sus papás estaban seguros de que lo haría estupendo.

Ashley atravesó la sala por el pasillo lateral izquierdo y entró detrás del escenario pasando por debajo de una gran cortina negra en la cual estaba un chico alto con una playera naranja que decía “backstage” y un gaffete con su nombre. Le indicó a Ashley el camino hacia donde se encontraban los demás participantes, pero ella ya lo sabía, se aprendió todo correctamente.

Se hizo un primer ensayo general, solo para asegurarse de que cada concursante sabía y respetaba su turno. Luego continuaron las pruebas de sonido, se le dio tiempo a los participantes para que prepararan sus atuendos y se hizo

un último ensayo con el inicio de las pistas que ocupaba cada uno para comprobar que todo estuviese de acuerdo a lo planeado.

Era un total de 20 concursantes, entre músicos, bailarines, acróbatas, gimnastas, y uno que otro imitador cómico. Habían personas de todas las edades, Ashley conversó todo el backstage con un niño de su edad, más alto que ella, tenía la frente demasiado grande y un poco abultada, una de esas sonrisas tan amplias que te hacen esforzarte más en la tuya, a Ashley le recordaba a un personaje famoso pero no sabía a quién. Se llamaba Dexter, y su talento era cantar, hubo un momento en el que ambos estaban tan nervio- sos de olvidar sus rutinas que decidieron relajarse cantando y tocando otras canciones hasta que llegó el turno de Dexter, era el número 5, Ashley la número 11.

Dexter se despidió de Ashley deseándole suerte, y ella miró atentamente su participación, le aplaudió tan fuerte que fue la primera en hacer sonar sus palmas y la última en detenerse.

Después de Dexter siguió un grupo de baile, Ashley les prestó atención y se puso nervio- sa nuevamente, conforme los participantes iban pasando su corazón latía cada vez más y más rápido, llegó a sentir su latido en la garganta y por un momento pensó que iba a vomitar cuando se dio cuenta que faltaban solo tres rutinas más antes de llegar a la suya.

Sus manos temblaban, y vio pasar a Dexter por el otro extremo del escenario, donde estaban los que ya habían concursado, él le dirigió un saludo energético para alentarla y ella solo sonrió para si misma. Tomó su afinador y decidió darle una última afinada a su guitarra, empezó por la primera cuerda, pasó a la segunda, después a la tercera, pero estaba tan nerviosa y sus manos sudaban tanto que las clavijas se le resbalaban y las estaba apretando de más, no hubo problema con las primeras dos, pero la

tercera no estaba de humor para un poco más de esfuerzo y terminó reventándose violentamente como siempre que se reventaban. Ashley sintió en su estómago un vacío momentáneo, luego miró sus dedos anular y medio de la mano izquierda, la que estaba en el brazo de la guitarra, los atravesaba una cortada en diagonal provocada por la cuerda de acero que salió disparada.

Ashley tomó rápidamente su guitarra con la mano derecha y corrió hacia la parte de atrás donde se encontraban sus cosas, no había llevado cuerdas de repuesto, pero por alguna razón decidió revisar, quizás si las había llevado y no lo recordaba, pero ella sabía que no encontraría nada, aún así se dirigió allá, sin querer aceptar que aunque encontrara un repuesto, sus dedos no iban a soportar doblarse para conseguir los acordes, le dolerían con tan solo estirarlos, pero en ese momento no reparó en ello.

El concursante número 9 estaba por terminar y mientras Ashley buscaba en su mochila se dio cuenta de que ya no estaba temblando, se sentía tan pesada que no podía temblar más, sentía en su interior un calor tan molesto, un enojo que se estaba convirtiendo en decepción, intentó pedirle ayuda a alguien, pero todos estaban concentrados en sus rutinas que nadie se preocupó en conseguirlle una cuerda a su guitarra, ni echarle un vistazo a su mano que chorreaba de sangre. Ashley se detuvo en medio de la inmensa habitación, viendo a su alrededor a un mar de personas corriendo de un lado a otro, ensayando, esperando su turno, perfeccionando sus rutinas, y ella solo quería salir corriendo de allí, pero se quedó parada viéndolos, sintiendo una lágrima recorrer su mejilla y el temblor volver a su cuerpo, primero en su barbilla, luego sus ojos parpadearon más rápido mientras las lágrimas se asomaban en mayor cantidad, el concursante número 10 hizo su entrada y ella miró la guitarra en sus manos, supo que era el fin, se sentó en el piso y rompió en llanto.

Sintió a alguien sentarse a su lado pero no quiso levantar el rostro, sólo vio unas zapatillas rosas de una tela que brillaba junto a sus converse.

-¿Estás bien? - preguntó una voz.

Ashley respondió con un movimiento de cabeza mientras se tallaba los ojos con el dorso de la mano.

-¿Qué le pasó a tu mano? - volvió a preguntar la voz.

Ashley levantó un poco el rostro y mirando hacia sus piernas donde tenía la guitarra respondió - Me corté con una cuerda - luego dirigió su mirada hacia el regazo de quien le preguntaba, y vio que llevaba puesto un tutú rosa y unas mayas de un tono más claro.

-¿Te duele mucho? - preguntó la niña del tutú mientras con su dedo índice tocaba la palma de Ashley y le provocaba un hilo de dolor y ardor.

-¡Ouch! si, no hagas eso - respondió Ashley retirando la mano y rompiendo a llorar de nuevo.

-Lo siento, ¿estás llorando porque te duele mucho? - siguió preguntando la niña a la cual seguía sin verle el rostro.

-No - dijo Ashley contendiendo su llanto y controlando su respiración - es que .. -el con- cursante número 10 había terminado, y un chico con la camiseta de Backstage gritaba <¿Dónde está el número 11? ¡De prisa, sigue el número 11!> - Ashley se le quedó viendo atentamente mientras intentaba no llorar y decirle "aquí, soy la número 11, pero como verás no puedo salir al escenario después de haber ensayado todo un mes, así que haz pasar al siguiente", volvió a romper en llanto.

-Eres la número 11 -dijo suavemente la niña del tutú mientras miraba la guitarra de Ashley con la cuerda rota - y no puedes participar porque tu guitarra no está de humor, ¿cierto?.

Ashley agachó la cabeza, al mismo tiempo que el chico se dio por vencido al buscar al participante número 11 y llevó al número 12 rápidamente al escenario.

La niña del tutú pasó su brazo alrededor de Ashley y ella se recargó en su hombro.

-Pasé todo el mes practicando - dijo Ashley sollozando, ese abrazo le había provocado la sensación de que podía llorar cuánto quisiera y decir todo lo que pudiera, maldecir si era necesario - yo lo único que quería era estar en ese escenario y tocar, yo solo quería que la gente me escuchara -hablar le era cada vez más difícil - y ahora estoy aquí, llorando como tonta - terminó de decir con un hilo de voz y rompió a llorar mientras, sin darse cuenta, sujetaba con fuerza la cintura de la niña del tutú.

Lloró como por cinco minutos, cada vez que quería detenerse el llanto volvía con más fuerza y los brazos la rodeaban con mayor firmeza, ella se aferraba más a esa diminuta cintura y lograba calmarse. Todos sus días de práctica pasaron por su mente en esos cinco minutos, todo lo que había imaginado que sentiría al tocar en un escenario tan grande, su oportunidad de ganar el primer lugar, todo pasaba por su mente y le provoca- ba vacíos en el estómago, lo que hacía que llorara más fuerte, pero cada vez que la niña del tutú la abrazaba con más fuerza lograba hacer que el vacío en su estómago disminu- yera, Ashley comenzó a sentirse tranquila, pronto había dejado de temblar, y el enojo en su interior se deshizo.

Ashley soltó un enorme suspiro de resignación, tranquilidad y un poquito de tristeza. Al fin le dio la cara a la niña que la estuvo abrazando, tenía la piel canela y era más o menos de su edad, aunque estaban sentadas se dio cuenta que la niña era más alta y la miraba con unos ojos llenos de tranquilidad, tenía su cabello recogido en una cebolla y un fle- quillo que por poco le cubría los ojos. La niña le sonrió, y Ashley sintió una calidez en su cuerpo que

era lo contrario a ese calor molesto que sintió cuando se dió cuenta que no podría concursar.

Afuera en el escenario, anunciaron al participante número 14, el chico de la camiseta de backstage volvió a buscar como loco al participante en la habitación, nadie respondía.

-Yo soy la número 14 - le dijo en voz baja la niña del tutú a Ashley.

-¿Y por qué no pasas? ¡Es tu turno! – exclamó Ashley sorprendida de que la niña no se preocupara en lo más mínimo.

-Si tu no pasaste, yo tampoco. Ahora estamos iguales – respondió con calma y nueva- mente, con una sonrisa llena de paz.

-Pero, yo no pasé porque no pude, por tonta – dijo Ashley esperando convencerla de pasar a concursar, el chico estaba a punto de ir por el concursante número 15.

-Yo no creo que seas tonta, además, ya no tengo ganas de concursar – terminó de decir y se acostó en el piso estirando brazos y piernas como cuando te tiras en la nieve e inten- tas hacer un ángel.

Ashley la miró, tan tranquila que se tranquilizó ella también y se acostó junto a ella.

-Mi mamá siempre dice que lo importante es pasarlo bien, y yo lo estoy pasando bien aquí – dijo la niña del tutú mientras veía las vigas que atravesaban la habitación y forma- ban el techo - ¿tú ya te sientes mejor? – le preguntó a Ashley.

-Si – respondió, sorprendiéndose al darse cuenta de que en realidad se sentía completa- mente bien. Aquello era absurdo, acababa de perder la oportunidad que había prepara- do durante todo un mes, había llorado durante 10 o 20 minutos en total, había experi- mentado un enojo y una tristeza tan profundas hacia apenas unos instantes

pero ahora se sentía completamente bien, era como si todo lo que pasó no importara más, lo había aceptado y dejado en el pasado.

Ashley miraba las vigas encima de ella, los ductos y las tuberías que atravesaban toda la habitación, y sentía que podía flotar, había en ella tanta paz que hasta respirar era diferente, era como si a sus pulmones les pudiese entrar el doble de aire. No había conversación con la niña del tutú que estaba tumbada al lado de ella, pero estaba segura que su presencia era la que la hacía sentir en las nubes, era su tranquilidad la que la tranquilizaba, y de pronto en su interior supo que ya había sentido eso una vez, su memoria no supo decir cuándo, ni como, ni con quien, pero algo en ella reconocía ese sentimiento, esa presencia.

-¿Cómo te llamas? - la niña del tutú rompió el silencio sin dejar de mirar las vigas.

-Ashley - respondió con una sonrisa, sin notarlo.

-Ashley - repitió la niña del tutú - Soy - una ola de aplausos evitó que Ashley escuchara su nombre, esa cara pequeña con flequillo, dibujó una sonrisa en su boca y le dijo -me voy Ashley, tengo que recoger mis cosas, me alegra que lo hayas pasado bien - terminó de decir e hizo un movimiento con su mano, se dio la media vuelta y desapareció del campo visual de Ashley, quien se quedó en el piso por cinco minutos más, respirando despacio, viendo las vigas en el techo, sonriendo y esperando que la pequeña regresara, pero no regresó.

CAPÍTULO II

1. México, siglo XIX

Cuando conocí a Mónica tenía apenas 10 años. Sus papás se mudaron al pueblo y mi padre los invitó a una cena para conocerlos y hacer negocios, supe en cuanto la vi que el amor existía, solo que para mí no estaba en ningún hombre, sino en ella.

Aquella tarde nuestros padres hablaban sin parar y nuestras madres observaban. Yo sólo escuchaba y veía a Mónica, lucía impaciente y me dirigía un par de miradas de vez en cuando, se sentía extraño, como si me sacudieran cada vez que me veía. Luego su madre le ordenó algo a la nana de Mónica, y ésta se acercó a Ángela, mi nana. En un momento nos llevaron al jardín a ambas y ellas se sentaron en las bancas a observarnos mientras se quejaban cada una de sus deberes.

-¿Cómo era donde vivías antes? – pregunté mientras me sentaba en la manta que Ángela nos había tendido en el pasto.

-Era aburrido. – respondió recogiendo una parte de la manta para alcanzar el césped.

-Espero que aquí no te aburras - dije con una sonrisa, la más sincera que había dado en mi vida.

-No lo creo - me dijo con una mirada que parecía sonreír desde lo más profundo de su ser.

Ese día jugamos y hablamos tanto, creo que fue la primera vez que hablé tanto de mí con alguien. Era apenas una niña, lo sé, pero siempre fui muy seria, tímida y nunca pensé ser interesante para alguien, incluso a esa edad. Y le conté tantas cosas, como por ejemplo, que una vez en una de las reuniones a las que invitaban a mis padres cuando querían conocerlos para hacer negocios, había un hombre tocando una guitarra.

-¿Una qué?- me preguntó ella, mientras con sus manos arrancaba hierba del suelo.

-Una guitarra - respondí - yo tampoco sabía qué era, mi padre me explicó que es un ... ¿cómo lo llamó? Un instrumento, creo que esa fue la palabra.

-¿Qué es un instrumento?- volvió a preguntar, entrecerrando los ojos y eso me provocó una risita.

Dudé un poco, yo tampoco sabía qué era un instrumento - bueno, no se qué es, el punto es que una guitarra hace música, ¿te gusta la música? - le pregunté.

-Supongo, no he escuchado mucho. - dijo un poco desinteresada mientras seguía arrancando la hierba para después aventármela mientras reía.

Le devolví las hierbas que me había aventado y le confesé algo -Yo me hice una guitarra- arranqué hierba del suelo y la empecé a deshacer, luego se la aventé.

-¿Me la muestras?- me preguntó sin darse cuenta que le había llenado el regazo de hierbas.

-Si pero la tengo en la habitación de juegos, es un secreto, mi madre me dijo que una mujer no puede tocar una

guitarra, aunque no me dijo por qué no. – respondí tratando de adivinar yo misma el por qué una mujer no podía tocar ese instrumento.

-¿Podemos ir a verla? – los ojos de Mónica brillaban, y me hacían sentir que podía confiar en ella y que sería la única persona que no se reiría de mí por querer tocar una guitarra, aunque no supiera siquiera lo que era una.

Ángela nos llevó a la habitación de juegos, y se quedó con la nana de Mónica en el sofá al lado de la puerta.

-¿Dónde está?- preguntó Mónica.

-Está escondida, Ángela tampoco la ha visto, tenemos que conseguir que nos dejen solas.

-¿Se pueden ir? – les preguntó Mónica de la manera más amable y natural. Las nanas se voltearon a ver entre sí y rieron.

-Que si nos pueden ir a traer algo de comer- repuse rápidamente.

Ángela se puso de pie y con un gesto le indicó a la nana de Mónica que fuera con ella, ésta dudó un poco y luego hizo un gesto de indiferencia y siguió a Ángela.

Esperé un poco a que sus pasos dejaran de escucharse y corrí al armario de juguetes, intenté sacarlos todos rápidamente y estaba allí, en el fondo. La tomé por el brazo, en ese entonces yo no sabía que así se llamaba lo que había armado con un pedazo plano de cartón. La estiré y se escuchó un crujido. El brazo se desprendió y quedó unido a la caja solo por los hilos que hacían de cuerdas.

-¿Eso es una guitarra? Entonces sí las he visto, pero no se parece mucho – dije con un gesto pensativo.

-Es porque se acaba de romper – respondí con un nudo en mi garganta.

-Oh, con razón. Pero la puedes arreglar, ¿no? – preguntó con un tono muy seguro.

-Supongo – yo la había hecho, y había tardado mucho tiempo, Ángela no me dejaba sola muy seguido, y también tuve que ingeníármelas para conseguir el cartón, los hilos, y las piezas de mis juguetes que preferí deshacer para armarla.

-¿No la puedes tocar así? – me preguntó Mónica mientras la tomaba ella en sus manos.

-No suena, en realidad, no es una guitarra de verdad, solo que ... -me dio un poco de vergüenza – a mi me gusta imaginar que suena como la del hombre de la fiesta, me gusta cómo se siente cuando la tomo en mis manos como la tenía él.

-Si quieras la podemos volver a hacer – me dijo con una sonrisa que me deshizo el nudo en la garganta.

-Sí quiero – le respondí sonriendo y llena de emoción.

Escuchamos pasos en el pasillo y la voz de nuestras nanas, escondimos mi guitarra descompuesta en el armario rápidamente. El hombro de Mónica estaba en contacto con el mío, voltee a verla, su fleco se despegaba de su frente mientras agachaba la cabeza al guardar los juguetes. Me sentí feliz.

-Vengan a comer niñas – nos dijo Ángela, mientras dejaba los platillos en la mesita de madera pintada de blanco que estaba al centro de la habitación.

Corrimos a sentarnos frente a frente, tomé una galleta y me la llevé a la boca, Mónica partió su galleta con las manos y devoró un trozo pequeño. Comimos en silencio, y nos veíamos con una sonrisa de complicidad. Teníamos un secreto, el primero de todos los que estaban por llegar.

CAPÍTULO III

1. Australia, 1930

La madre de Mia lloraba en la sala con la pequeña en brazos, su marido había salido una vez más en busca de dinero o alimentos, ambas sería mucho pedir. El estómago de Mia rugía cada vez más fuerte y extrañaba ir a la escuela, pero ya no tenía forma de llegar, el país estaba en depresión y la familia de Mia veía muy difícil salir de allí, habían perdido todo; empleo, dinero, el auto, la felicidad. Se tenían solo ellos, y quizá con eso bastaba.

El estómago de Mia volvió a rugir, provocándole a su madre un vuelco en el corazón por no poder hacer algo. Afuera se escuchaban murmullos que se hacían cada vez más fuertes, y ruidos de choques metálicos. La madre de Mia se asomó por la ventana y vio a dos mujeres montar una mesa con ollas y platos, al lado de ellas se encontraba un hombre alto de aspecto sereno y quizás adinerado o al menos sin hambre. Una fila de niños comenzaba a hacerse, a cada uno le daban un plato de comida y un vaso con alguna bebida. Sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad, al fin su hija podría comer algo, no pensó siquiera en ella, aún si le daban una porción se la dejaría a Mia, así es el amor de una madre. Esa noche no le reclamaría a Dios

la situación en la que estaban, esa noche agradecería con llanto que su hija hubiese comido.

Mia salió para formarse y recibir su porción de comida junto con los niños de toda la zona, habían muchos a los que no conocía. No todas las personas tuvieron la suerte de estar en sus casas cuando los ataques comenzaron, algunos no tuvieron más opción que permanecer donde estaban y sobrevivir buscando algún techo.

Eran alrededor de 20 niños, era como estar formada en el aula de clases cuando la maestra pedía revisar la tarea. Extrañaba la escuela, extrañaba las mañanas en las que desayunaba pan con mermelada y jugo de naranja, ir a la escuela de la mano de su madre, escribir en la parte derecha de su cuaderno porque odiaba darle vuelta a la hoja, extrañaba leer y aprender, ¡cómo extrañaba aprender!

La fila avanzaba de manera rápida, Mia pensaba en cuándo iba a terminar todo eso, no quería seguir así, no quería ver a su madre llorar todos los días y extrañaba ver a su padre sonreír. La fila avanzó de nuevo, solo quedaban tres niños, uno de ellos tenía su cabello chino y color cobrizo, se veía muy limpio, tomó su plato y su vaso y salió de la fila, Mia dejó de observarlo y en su lugar lanzó una mirada hacia la olla de la cual repartían comida y por un momento la imaginó vacía, su estómago le recordó que moría por comer algo y se sintió ansiosa, triste y desesperada. Le sirvieron su porción a una niña muy alta que al retirarse de la fila dio oportunidad a que Mia se acercara a la olla que presentía ya estaba vacía. Le estaban sirviendo a la única niña que quedaba delante de ella, vio que su porción era menor a las anteriores y no le dieron vaso, cuando salió de la fila Mia avanzó frente a la olla, estaba vacía, la mujer la miró con impotencia y pena, mientras buscaba en la mesa algo que pudiese darle sabiendo que no habría nada. Mia no sabía exactamente lo que estaba pasando, ni en ese momento ni desde que el ruido de las balas le despertaron de su siesta hacía ya un mes. Para ella todo

ese tiempo había estado soñando, eso debería de ser, ella seguía dormida y eso era una horrible pesadilla de la cual aún no lograba despertar.

Su madre se acercó a ella, se puso en cuclillas para estar a su altura y con lágrimas en sus ojos y un dolor que le reflejaba en la cara le pidió que volvieran a casa. Mia asintió con la cabeza cuando unos dedos tocaron su hombro, era la niña que recibió la última porción.

-¿Quieres la mitad?- preguntó con naturalidad.

-Si- respondió Mia, y pensó que la pesadilla estaba perdiendo fuerza.

La madre de Mia sintió un alivio y una inmensa gratitud. Las niñas salieron de la fila que ya se había terminado y comieron juntas la porción de comida.

-Gracias- dijo Mia con un sonrisa sincera.

-De nada- respondió la niña. Era pequeña, más pequeña que Mia y su rostro parecía serio, pero confiable.

-Me llamo Mia- se presentó.

-Yo soy Aremi- dijo mientras sacudía la palma de su mano en forma de saludo, Mia la imitó con otra de sus sonrisas sinceras.

Por un momento, en el mundo de Mia, la pesadilla había acabado, la guerra nunca había existido, no tenía cerca de una semana sin comer, su madre no lloraba al verla, todo volvía a tener sentido, todo era normal de nuevo. Pero no duró mucho sintiéndose de esa manera, el papá de Aremi se acercó a ella y sin mirar a Mia le indicó que debían volver al refugio. Aremi se despidió de Mia con una mirada y por primera vez una sonrisa, no duró mucho y Mia se preguntó si había sido una sonrisa o solo un gesto, en cuanto desapareció, la madre de Mia le tomó la mano y la llevó de vuelta a casa. La pesadilla no había

acabado, solo le había dado un respiro.

CAPÍTULO IV

1. Apocalipsis zombie

Ayer pasé por la que fue su casa alguna vez, antes de que todo quedase abandonado. No me había dado cuenta del lugar en el que estaba hasta que vi las letras que están en la barda y forman el nombre de la colonia - ahora que lo pienso es increíble que las letras aún estén, considerando que la mayor parte de la barda se ha caído y tenga aún rastros de sangre - al verla sentí que mis pies habían quedado pegados al asfalto, no me pude mover, solamente fijé mi mirada en la barda y nos ví allí, de noche esperando a que mi padre pasara por mí. Vi su sonrisa, y mi reflejo en sus lentes, no puedo recordar hace cuánto fue la última vez que los vi, pero sí recuerdo cómo fue.

Es como si hubiese sido ayer cuando la abracé con todas mis fuerzas y nuestras miradas se encontraron llenas de lágrimas y llenas de esperanzas de volver a vernos. El ataque había comenzado y ambas teníamos que estar con nuestras familias, y cuando todo se calmara nos reencontraríamos, estábamos seguras de que nos reencontraríamos de una u otra manera. Yo aún lo estoy, a pesar de que la he buscado por cada rincón de lo que queda de la ciudad y no he logrado encontrarla.

Recorrió la entrada de la colonia por encima de los escombros y al llegar a la que un día fue su casa recordé todas las veces que estuvimos en su sillón planeando nuestra vida juntas, seguí caminando y vi pedazos de lo que fue la sala, vi los sillones color crema y algunas fotografías negras y arrugadas por el fuego que seguramente se provocó para acabar con los infectados cuando aún no sabían que solo necesitaban volarles la cabeza.

Caminé por los escalones que aún seguían en pie, y en el descanso debajo de los escom- bros que formaron la losa algo llamó mi atención, un destello surgió del suelo y vi un trozo curvo de plata, tenía la inscripción “I know” y estaba un poco fundido de las orillas. Era la mitad de un anillo que le regalé cuando cumplimos ocho meses, lo usaba como dije. Yo también tenía uno, en ese momento lo saqué debajo de mi blusa; “I love you” dice la inscripción, y en la parte de atrás su inicial, M. Supongo que ella logró rescatar la parte de su anillo con mi inicial, yo tomé la parte que quedó y lloré con él en mi mano, sentí a mi madre dándome palmas en la espalda, pidiéndome que siguiera avanzando con ellos. ¿A dónde? me preguntaba en mi mente, ¿a dónde vamos a avanzar? ¿a dónde vamos a llegar? Me sequé las lágrimas, recordé que si yo aún estaba en su búsqueda entonces ella aún podía seguir buscándome a mí. Guardé la mitad del anillo en mi mochila. Le dediqué a Molly un pensamiento más esperando que de alguna manera ella pudiese sentirlo y saber que la seguía buscando, exhalé profundamente y continué caminando.

En algún lugar lleno de más escombros y más sobrevivientes, una chica miraba hacia el cielo imaginando que en cualquier momento encontraría a quién tanto ha buscado, mientras sostenía en su mano un collar con la mitad de un anillo en el que asomaba la letra A.

Estaba oscureciendo, teníamos días caminando y en un momento sentía que mis pies avanzaban por sí solos,

seguía sin entender a dónde queríamos llegar, perdía la esperanza cada cinco minutos pero el contacto del anillo en mi pecho me hacía volver a la realidad y seguir buscando las únicas dos cosas que importaban: Molly y un refugio, en ese orden.

Llegamos a los restos de un supermercado al cual solíamos ir cada mes a hacer las compras, tomamos un carrito cada uno y aunque era difícil llevarlo entre los escombros recorrimos lo que quedaba de la tienda, entramos por donde habían lockers para guardar tus cosas antes de entrar a la tienda y mi corazón dio un respingo, sentí como si por un momento lo hubiesen apretado unas manos llenas de espinas.

Caminé por el pasillo donde solían estar las bolsas de papitas, encontré varios Ruffles, Takis y unos Rancheritos, mis favoritos. En el mismo lugar aún había botellas de refresco y jugos, llevé algunos. Al final del pasillo llegaba un olor horrible, estaban las carnes frías podridas a falta de la electricidad de los congeladores. Me alejé con un gesto en la nariz y me reuní con mi familia en donde solían estar las cajas registradoras; mamá recaudó latas de atún, aderezos y algunas galletas y enlatados de verduras, papá y mi hermano consiguieron artículos de limpieza personal –que nos hacían mucha falta– y muchos galones de agua. Y aunque quizás no parecía muy necesario, mamá y yo dimos una vuelta por el departamento de ropa y calzado.

Salimos con dos carritos llenos de comida y suplementos y uno extra vacío, por si acaso encontrábamos algo más en el camino.

Mamá iba agradeciendo a Jehová por habernos permitido encontrar todo eso que nos ayudaría a sobrevivir de una mejor manera, mientras mi papá y mi hermano comían atún en latas y caminaban con la cabeza en alto y las piernas sueltas, como si fuesen saliendo de cualquier lugar, menos de un supermercado abandonado en lo que

parecía ser el fin de la humanidad. Yo tomé una bolsa de papas y un jugo de naranja y observé a mi familia y la esperanza en ella, y por un momento sonreí y sentí un alivio que hacía días no sentía. Por un momento sentí un pequeño triunfo y algo de lo que podía ser motivación.

Saliendo del trabajo, después de hacer Dios sabe cuántos planos al día, a veces Molly y yo cenábamos juntas en mi casa, hacíamos recetas que veíamos en internet. Llegábamos primero al supermercado a comprar lo necesario.

Entramos a la tienda y el guardia me indicó que dejara mi mochila en los lockers antes de pasar. Me dirigí a la zona de paquetería, los lockers estaban en todo lo largo de un muro, había gente guardando sus cosas en la parte más cercana a la entrada así que tuve que ir a un locker más lejano, Molly se quedó al entrar.

Introduje mi mochila en el pequeño espacio dentro del locker y cerré la puertecita. Volvió a abrirse.

-Tienes que ponerle una moneda – me indicó Molly desde la entrada.

-¿Dónde?- pregunté. Jamás había usado esos lockers.

-En la puerta- respondió de una manera obvia.

En la puerta, por fuera, solamente estaba la cerradura así que miré a Molly pidiendo ayuda de nuevo.

-Por dentro – dijo de una manera aún más obvia y asomando una sonrisa burlona.

Abrí la puerta e introduje la moneda al lado de mi mochila llena de confusión ¿cómo iba eso a cerrar la puerta?

-¡Allí no, arriba!- gritó Molly riéndose. Las personas comenzaban a verme.

Me llené aún más de confusión y pánico al sentir las miradas, puse la moneda arriba del locker y cerré la puerta. No hay que ser un genio para saber que la puerta se volvió

a abrir, y además ¿cómo una moneda arriba del locker iba a cerrar eso? Voltee mi mirada hacia Molly y estaba riéndose tan fuerte que la gente se estaba riendo con ella, estaba incluso a nada de tocar el suelo de tanto reírse.

-¡¿Por qué no vienes y me ayudas en lugar de estar allí burlándote?! – le grité con una sonrisa llena de vergüenza al ver que ya todos se habían dado cuenta que no sabía usar un tipico locker de supermercado.

-No puedo contigo- respondió entre risas y caminó hacia mí.

La miré con resentimiento y le entregué la moneda en la mano. Abrió el locker y en la parte interna de la puerta había una caja de metal –la cual obviamente yo no había visto– colocó la moneda arriba de la caja en una ranura, cerró la puerta y giró la cerradura. Me quedé viendo la puerta unos segundos sintiendo el fracaso de algo tan sencillo, luego vi a Molly burlándose aún más fuerte de mí, le tomé la mano y caminé hacia la tienda a hacer las compras, mientras ella seguía riéndose y la gente nos veía seguramente pensando que yo tenía alguna clase de déficit mental.

Molly no paró de reír durante los próximos 20 o 30 minutos. Y cada vez que recordamos o vemos unos lockers vuelve a reírse como por otros 20 o 30 minutos más.